

Una gran empresa intelectual

Cualquier nación culta aprecia sus valores literarios y científicos; y tanto más, cuanto más se tenga en aquella nación un elevado nivel intelectual. Es de los pueblos incultos o de los que han decaído del antiguo esplendor desconocer su pasado.

Italia está publicando la edición nacional de las obras de Rosmini, el gran filósofo del «risorgimiento», el cual a pesar de las graves reservas que muchos opondrán contra él, contiene no pocos elementos estrechamente vinculados con la historia de Italia en el siglo pasado.

Inglaterra ha publicado recientemente los magníficos volúmenes con las obras completas de George Berkeley, edición que en nada desdice de la pulcritud y elegancia con que suelen publicar tales obras los editores ingleses.

Francia no podía ser menos, naturalmente, y por ello además de la magnífica edición crítica de Descartes debida a Adam y Tannery, reproducida en fotocopia ulteriormente, está ahora ocupada en la de Condillac para seguir después con la de otros filósofos.

Alemania no sólo ha editado siempre con muchísimo cuidado y profusión las obras de sus filósofos sino que ahora ha lanzado la magnífica edición de Maestro Eckhardt y la de Nicolás de Cusa.

Como estos ejemplos, ¿podríamos ir siguiendo con tantos otros como son las magníficas ediciones de S. Anselmo, de S. Bernardino de Sena, de Escoto!

Pero ¿y España? ¿qué hacemos en España? ¿acaso no tenemos filósofos de trascendencia mundial en nuestro pasado? ¿o es más bien que todavía estamos en el período «practicista» y «utilitario» de escaso nivel intelectual?

Aflige el espíritu ver nuestra incuria, nuestro escaso aprecio por la investigación en cuanto tal (sólo apreciamos lo de utilidad inmediata) y si por acaso nos interesamos por la investigación ha de ser aquella que tiene una repercusión en la vida cotidiana o del gran público; pero ¿la filosófica?

Ahí yacen —podríamos decir de los polvorientos incunables y de

las ediciones europeas de nuestros clásicos en filosofía— ahí yacen para memoria imperecedera de los genios que levantaron estos monumentos en edades pretéritas y para vergüenza de los españoles de ahora que los han abandonados en el polvo y en la carcoma de los años.

Sí, hemos pensado en la literatura: la colección de clásicos Ribadeneira, benemérito de las letras españolas, pone a la mano de cualquier Biblioteca un fondo apreciable. Hemos pensado también en ediciones «utilitarias», prácticas, por tanto fragmentarias, y no en su texto original, de algunas de nuestras grandes figuras; y también alguna excepción para autores a quienes ha cabido mejor suerte como Balmes y Donoso Cortés que tienen una buena edición de la Biblioteca de Autores Cristianos y Luis Vives cuyas obras editó Aguilar; pero éstas no están en su texto original sino traducidas y las de aquéllos son ediciones utilitarias. Sólo la de Balmes publicada por el P. Casanovas en «Balmesiana» tiene el carácter de edición definitiva, como la edición de Menéndez Pelayo. Es decir, en conjunto iniciativas parciales, o bien utilitarias, o sólo de algunos.

Una gran colección, un «corpus» de filósofos españoles, en que se hallen Ramón Lull y Sabunde, Juan Luis Vives y Suárez, Molina y Vitoria, Losada y Alvarado, Sabuco y Piquer... no existe.

Hubo un hombre de genio que desprendiéndose del ambiente eminentemente utilitario y practicista, supo ver la utilidad de lo cultural, que se proyecta en una zona diversa: Francisco Cambó. Su «Fundació Bernat Metge» de clásicos grecolatinos, que gracias a él poseemos en su texto original y en la traducción, podría ser una lección y un estímulo. Sin embargo aun en esta misma colección tan benemérita y desinteresada ¿están la Metafísica y Física de Aristóteles, es decir, lo más especulativo?

No se objete que para una empresa de tal consideración no hay capital, porque muchas cosas se han emprendido en España, que superan el que aquí sería preciso. Para cualquier asociación de deportes, para cualquier centro recreativo, para el excursionismo, para los espectáculos y para muchos otros fines salen capitales de mucho mayor consideración.

Tampoco puede objetarse que no tuviera rendimiento económico o que correría un riesgo, porque todos sabemos qué ha pasado a la larga con estas grandes colecciones: al cabo de poco tiempo están agotadas y es muy difícil y caro hallarlas de segunda mano, como por ejemplo la Patrología de Migne o la Colección de Concilios de Mansi, o la de clásicos Ribadeneira.

Es infundada la preocupación de la escasez del público comprador, porque siendo una buena parte de estos volúmenes textos latinos, hallan entrada en todas las Universidades y Centros culturales del mundo; pero como «pars maior trahit ad se minorem», ellos colocarían también los otros; esto sin tener en cuenta que una colección

de tal valor histórico interesa y se adquiere precisamente por estar en la lengua original, sin que valgan las fronteras.

La duda de si estamos preparados para planear y lanzar estas obras sería desde luego una dificultad seria si tuvieran que correr a cuenta de una misma persona, pero (lo mismo que en todos los casos similares) habría de encomendarse a los especialistas de cada materia la edición de lo que cada uno de ellos pudiera dar; especialistas que no faltan en España, como no han faltado para la «Fundació Bernat Metge» ni para especialidades más circunscritas como es la de la grandiosa publicación de la Biblia Poliglota actualmente en preparación.

Pero ¿qué ventajas se seguirían de este grandioso proyecto?

Desde luego es imposible enumerarlas todas en un corto Editorial. Pero ante todo salta a los ojos una de ella: esta edición es la base para que se inicie un movimiento de estudio y revalorización de nuestra gran tradición filosófica cristiana: fomenta las investigaciones (necesarias para publicar las obras), ayuda a los estudiosos (poniendo a su alcance los medios de lectura), estimula los ideales para orientar nuestra cultura por los cauces que le dieron vida (al poner ante los ojos de todos un monumento indestructible capaz de plena vigencia hoy día, y que si no la tiene en parte es debido a nuestra incuria).

No sabemos si nuestra humilde voz hallará eco en medio de una sociedad superficial y bullanguera, como es aquella en que nos ha tocado en suerte vivir. Pero por lo menos queda la esperanza del que echa la semilla, del que «serit arbores, quae alteri saeculo prosint»...